

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Balaña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Los jóvenes y el sentido de la vida</i>	3	
<i>Mariano Donadío y Carlos Guyot</i>	7	Postales de juvenlandia
<i>Martín Ricur</i>	13	La Iglesia joven de Argentina
<i>Marguerite Léna</i>	23	Educación y Valores
<i>Rafael E. Sassot</i>	33	Iuvat Vita! Vale la pena vivir
<i>C. Hoewel</i>	41	Educación y contemplación
<i>Ron Austin</i>	51	Hollywood y los jóvenes
<i>Florian Pitschl</i>	55	“Si no os volveis como los niños”
<i>Thérèse de Lisieux</i>	68	Mon chant d’aujourd’hui
<i>Virginia Azcuay</i>	69	Cuando el instante se llama Jesús
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	81	La glorificación de la Trinidad

“La glorificación de la Trinidad”

*Julia Alessi de Nicolini**

“Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos...”

¿Cuántas veces, a lo largo de la vida, hemos pronunciado esas palabras? O mejor, por qué no preguntarnos cuántas veces las hemos repetido convertidas en fórmulas estereotipadas que sonaban más bien así:

“Glorialpadreyalhijoyalespíritusanto” –y aquí si una pausa, pero sólo para tomar aliento– “comoeraenel principioahoraysiempreporlos-siglos...”

Y esas famosas palabras se amontonan sobre otras –rápido que no hay tiempo...– transformadas en un susurro levemente piadoso, sin conmovernos en absoluto, sin desafiarnos a la reflexión.

Sin embargo, en ellas aletea el misterio de Dios y con ella –pese a sus limitaciones y ambigüedades– es el mismo Dios el que ha querido contarnos su intimidad, porque está convencido de que esas novedades deberían importarnos muchísimo.

En alguno de sus bellos libros, J. M. Cabodevilla afirmaba que somos capaces de decir “Dios es nuestro Padre” con la misma indiferencia con que decimos, por ejemplo, “París es la capital de Francia”. Está bien, afirmación verdadera: y qué? ¿Qué tiene que ver con nuestras vidas, con nuestros sueños de felicidad, con la densidad de nuestros amores, que ciertos países tengan ciertas capitales... o que el ombú no sea un árbol sino una herbácea... o que el perímetro de los polígonos... o... ? Nada por supuesto.

Pero si Dios es nuestro Padre, todo cambia... o debería cambiar. Y si Dios no es la soledad del Gran Uno Perfecto sino la Perfecta Unidad de Tres que se aman, también todo cambia... o debería cambiar.

Cierto es, sin embargo, que “se sigue repitiendo que la Trinidad es la verdad principal de la fe, pero no es difícil darse cuenta de que no es la verdad principal en la convicción de la mayor parte de los creyentes”, pues “no se llega a convencer a

*Profesora de Introducción a la Filosofía en la Universidad Nacional de Tucumán.

Sucede además que Juan Pablo II, en su Carta sobre la llegada del Tercer Milenio, propone una preparación al Jubileo del 2000 con una fase que “debe ser teológica, es decir “trinitaria”, dedicada a reflexionar sobre Jesucristo, durante 1997, sobre el Espíritu Santo, durante 1998 y sobre Dios Padre durante el último año de preparación. La “fase celebrativa”, por su parte, tendrá por objetivo “la glorificación de la Trinidad”³.

De esta manera, el Papa nos inserta en el corazón del misterio trinitario para ir preparando el gran gozo del 2000; y con eso pone en el centro de nuestros corazones el Gran Enigma. Y eso está muy bien porque —ya se sabe— sólo la sabiduría puede ser un puente hacia el misterio y es imposible alcanzar la sabiduría sin apelar al corazón.

Cuando se trata del misterio de sus enigmas y paradojas, de su “desconcertante profundidad abismal”⁴, no hay otra solución que aceptar las tensiones insalvables de afirmaciones que aparecen a la lógica como contradictorias y que tantas veces nos hacen lanzar una protesta: ¿en qué quedamos?... ¿uno o tres?... ¿hombre o dios?...

La sabiduría del corazón sabe desde que el mundo es mundo lo que ahora ha aprendido hasta la ciencia: que “la insistencia en el postulado de la completa clarificación lógica haría la ciencia imposible”⁵. Y también sabe la sabiduría que la luz de la Verdad es tan incomparable que puede llevarnos a las sombras de la ceguera, como le tocó descubrir a San Pablo.

Por eso, lo nuestro sólo puede ser un entrecerrar los ojos para ir acercándonos al misterio (en griego *mysterion*, del verbo *myein*, cerrar, que tiene que ver con *miope* y probablemente con mudo). Por eso los claroscuros de nuestras imágenes, la ambigüedad de nuestras representaciones, los acercamientos asintóticos, los balbuceos, la ruptura “de todos los esquemas... que creemos poder emplear para comprender la divinidad”⁶. Pretender lo contrario —la definición precisa, la clarificación lógica, la explicación definitiva, la luz (con minúscula) sin sombras— es lo que vienen haciendo las herejías, intentando “que

³ Juan Pablo II. *Mientras se aproxima el Tercer Milenio*, Carta apostólica, puntos 39 al 45.

⁴ Milano, en *Nuevo Diccionario...* citando a H. U. von Balthasar.

⁵ W. Heisenberg, *Física y Filosofía*, ed. La Isla, Bs. Aires 1959, p. 65.

⁶ Milano, en *Diccionario Teológico...* p. 560.

cuadre racionalmente la paradoja”⁷, embarcándose en “seductoras simplificaciones” que disuelven el dilema”⁸.

Primeros balbuceos

Sólo a fuerza de balbuceos, entonces, conscientes de que nuestras aproximaciones por analogías se sustentan en la convicción de que las similitudes –por grandes que parezcan– son infinitamente pequeñas al lado de las desemejanzas, podremos ir saboreando este misterio.

Intentemos una primera mirada cautelosa a partir de lo que dicen los teólogos: la Iglesia de las primeras generaciones centraba la afirmación de su fe –su credo– en la figura de Cristo, en el escándalo y la locura de su encarnación y su vida de su pasión y su muerte, de su resurrección y su regreso al Padre no era nada nuevo “para judíos, como eran los primeros cristianos”⁹.

Lo que sí era inaudito era que ese Dios, el “Dios de la creación y de la alianza, el Dios de la teofanía del Sinaí y de la esperanza encendida por los profetas... es para Jesús el “Tú paterno”¹⁰ al que se anima a llamar “Abbá”, “con un término que pertenece al lenguaje profano y ...expresa una confianza absolutamente nueva, escandalosa”¹¹.

Frente a los cuerdos escandalizados hay que reivindicar el supremo acontecimiento salvífico del Hijo hecho carne por nosotros, muerto en la cruz y resucitado al tercer día. No es de extrañar, entonces, que en las dos formas del Credo que habitualmente recitamos (ojalá las rezáramos!) suceda lo siguiente: en el símbolo apostólico, las declaraciones acerca de Jesucristo son trece, dos son la referidas al Padre y sólo una al Espíritu Santo, vinculada ésta formalmente no sólo con las otras dos personas de la Trinidad sino con otras verdades de la fe; en el símbolo de Nicea, veintidós son las que tienen que ver con Jesucristo, tres con el Padre y cinco con el espíritu.

Algo semejante sucede con el *Gloria* de la misa, donde el ser y la misión del Hijo son el tema central; la figura del Pa-

⁷ Id. Id., p. 575.

⁸ Cf. J. Ratzinger, *Introducción al Cristianismo*, ed. Sígueme, Salamanca 1976, pp. 139-143.

⁹ Milano, en *Nuevo Diccionario...* p. 1931.

¹⁰ Milano, id. id.

¹¹ Milano, en *Diccionario Teológico...* p. 560.

dre —invocada con las tradicionales aclamaciones del Antiguo Testamento— no adquiere igual relieve; y el Espíritu Santo sólo es mencionado como quien comparte con el Hijo la gloria del Padre.

Pero nosotros, los “gentiles” de San Pablo, a veces hemos olvidado —y a veces ignorado y a veces hasta rechazado— los lazos que nos entroncan en el Pueblo de Israel; y la Antigua Alianza que durante siglos se había venido manifestando en las acciones paternales, a favor de su pueblo, de Dios y de su Espíritu, se nos ha vuelto remota y asordinaada. Pero cómo creer en Cristo sin el Padre y sin el Espíritu?

Es cierto, necesitamos afirmar una y otra vez que el centro de nuestra fe es el Cristo pascual; pero ese Cristo irá revelando cada vez más hondamente su sentido en la perspectiva del misterio trinitario. Buscar cómo es Dios “en sí”, en su intimidad, no es olvidar al Dios “para nosotros”, al Emmanuel, la Palabra hecha carne. Lo que se quiere es preguntar: si Dios no fuera como es “en sí” se hubiera hecho en Jesucristo Dios “para nosotros”? Un Dios no trinitario hubiera imaginado las peripecias de nuestra redención?

De manera que no son sólo los tres motivos antes enunciados los que justifican nuestras preguntas acerca de cómo es Dios. Lo pide también nuestra condición de cristianos, nuestra fe en Cristo, nuestra convicción de que El es verdaderamente hombre y también verdaderamente dios, un Dios que —sin embargo— confesamos único y que debemos seguir confesando así pues, como decía Isaías insistentemente, “no hay otro” (45, 18-22). Y esto es más que bueno recordarlo para no caer en la trampa facilista de imaginar la Trinidad como una trilogía de dioses, cada uno con su divinidad, cada uno con sus funciones, amistosos y emparentados entre sí... pero tres dioses.

La cosa es: podremos acaso contestar a la pregunta acerca de cómo es Dios? Sí, ...pero no. Paradoja, claro. En qué quedamos? ...en que sí, habrá respuestas; pero no, no serán ni totalmente justas ni totalmente reveladoras. Serán sólo analogías, aproximaciones, balbuceos...; aciertos parcialísimos, innumerables traiciones... Sin embargo, vale la pena.

El Padre y el Hijo

Por supuesto, el único punto de partida aceptable en esta aventura es prestar oído a lo que Dios nos dice acerca de sí mis-

mo. En el Antiguo Testamento ya se había revelado como el único y creador, misericordioso y soberano, fiel y compasivo, paternal y hasta maternalmente tierno, incluso capaz de dialogar en su intimidad. Ese diálogo íntimo se explicita en el Nuevo Testamento y es apasionante seguir las pistas —por ejemplo— en el Evangelio de Juan donde los interlocutores, Padre e Hijo, van perfilando su identidad.

En el bellísimo discurso de despedida, que abarca los capítulos 14 a 17 del texto joánico, Cristo insiste incansablemente en la relación filial que lo une con el Dios que es su Padre. El es el Hijo que nada suyo tiene sino lo que del Padre recibe; por eso, quien a él ve, ve al Padre y quien lo oye a él, oye palabras que son del Padre.

En realidad, ya desde el tercer capítulo va Juan proclamando la buena noticia de la relación entre el Padre y el Hijo en la que —como es natural— entran el amor y la obediencia (3, 34-35), la coincidencia de las voluntades y la intimidad (5, 19-20), la vida compartida (6,57), la doctrina común y el conocimiento recíproco (7, 16-17 y 29).

Cristo insiste en identificarse con el Padre (“somos uno”, Jn 10,30) y sin embargo afirma que el Padre es más grande que él (Jn 14, 28); y esta dialéctica de identificación-distinción abre aún más la puerta a la analogía con nuestra relación entre padres e hijos.

Esa relación es para nosotros familiar, cercana, accesible; nosotros tenemos claro que “a menudo los hijos se nos parecen” —como dice Serrat—, que en cierto modo los hijos son como sus padres; también sabemos que un padre, por supuesto, es más grande que su hijo, al menos en edad; y también sabemos, a veces no con la suficiente claridad, eso que la Mafalda de Quino planteó magníficamente bien, en una de sus históricas trifulcas acerca de la sopa, cuando le retrucó a su mamá —que le imponía obediencia por el hecho de ser su madre—: “Ojo mamá! Que nos recibimos el mismo día...” Pues ninguna mujer es madre si no fuera por su hijo.

A partir de aquí empezamos a sospechar la revolución que el Dios Padre-Hijo, revelado por Cristo, desata en la noción de Dios; ya no es posible comprenderlo como el Uno sólo Uno, sino al menos como dos; y —esto es inmensamente importante— cada uno de ellos es lo que es por el otro; cada uno es, gracias a lo que el otro es, dependiendo de que el otro sea.

Para nosotros, que somos todos hijos y que podemos llegar a ser padres, es normal y comprensible: sólo por nuestros padres somos hijos, sólo por nuestros hijos llegamos a ser padres. Pero para Dios es, por decir poco, sorprendente: el ser "absoluto" de Dios debe ser entendido no como "lo que excluye toda relación" (así define "absoluto" el Diccionario) sino como el Ser Absolutamente Relacional, que es toda Relación, en el cual no hay nada que no sea Relación¹².

Cómo interpretar esa relación? Algo es posible intuir gracias –otra vez– al Evangelio de Juan, en cuyo Prólogo el Hijo es identificado con la Palabra de Dios (identificación que curiosearemos después).

La vieja traducción al castellano, de la época en que ese Prólogo era muchas veces el "último evangelio" de la misa, solía decir: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios..." En la primera edición de la *Biblia de Jerusalén* –1967– se modifican algunas cosas: "En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios..." En 1976 se publica una "edición manual" de esa misma Biblia que reproduce la notas de la "edición de bolsillo" francesa de 1975, realizada bajo la dirección de la Escuela Bíblica de Jerusalén; en la nota correspondiente a ese versículo se aclara que con ese con podría también decirse junto a o vuelto hacia. También en 1976, la *Nueva Biblia Española* en su edición Latinoamericana, usa esa traducción: "Al principio ya existía la Palabra, la Palabra se dirigía a Dios..."

San Juan, en sus admirables esfuerzos por comunicar lo que creía y sabía acerca del Hijo, utiliza en ese lugar una preposición griega que –usada como él la usó– difícilmente pueda querer decir en o con; de las otras traducciones, las más justas serían vuelta hacia o dirigida a porque superan sin duda la mera indicación de un lugar o el simple constatar una compañía.

Una cosa es que el chico esté en la falda de la mamá o que el muchacho vaya a la cancha con el papá, otra cosa es que el hijo esté vuelto hacia ellos o se dirija a ellos. En estos casos se expresa una intención de búsqueda del otro, una referencia al otro como importante, de la que carece el "estar en" o el "estar con".

Es precisamente este tipo de relación, en la que se busca al otro, en la que se vive por el otro, la que puede decirnos mucho

¹² Cf. Ratzinger, ob. cit., pp 133-159.

acerca de cómo el Hijo se relaciona con el Padre. En Dios, lo del Hijo es estar absorto en el Padre, dependiendo del Padre; es no poder volverse hacia o dirigirse a otro que no sea el Padre. Pues el Hijo es todo –y solamente– lo que el Padre le está dando desde “antes de todos los siglos”, desde que Dios es Dios. Ya lo decía Jesús: mis palabras, mi voluntad, mis acciones, mi vida, son las del Padre. No es que sean palabras, voluntades, acciones, vidas diferentes que convergen de un modo tan ajustado que... No. Son la misma vida, el mismo querer, decir, hacer; porque el Padre y el Hijo es uno.

Tal vez, si nos animamos a imaginarlo, casi nos va a parecer razonable; nosotros, padres con minúscula, pertrechamos a nuestros hijos con todo lo que necesitan para largarse a vivir; sangre y nervios, corazón y pulmones, ojos y oídos, cerebro y músculos...; todo lo que los hijos somos corporalmente lo hemos recibido de nuestros padrs.

El Padre con mayúscula (y cuidado!... otra vez balbuceos que aciertan poco y yerran muchísimo...) da a su Hijo todo, pero TODO, se da totalmente, a lo divino; no deja nada sin dar.

Y si nos preguntamos cuál es el secreto más hondo de ese ser, de esa Vida que el Padre transfunde eterna y constantemente al Hijo podría decirse que esa Vida consiste en donación de sí, en entrega, en ser-para el Hijo. Claro que si ésa es la Vida que el Hijo recibe, también lo suyo será donación y a su vez se donará al Padre al que se dirige, hacia quien está vuelto. Y el gran diálogo paternofilial será una eterna y recíproca donación perfecta.

Pero es necesario introducir una distinción esencial, la que hace que el Padre sea Padre y el Hijo sea Hijo; el Padre no debe a nadie su ser, pero el Hijo lo debe totalmente al Padre; “el Hijo, como Hijo y por ser Hijo, no es de sí mismo... “Hijo” significa ser-de-otro...”¹³. El Hijo es primariamente ser-de y sólo por serlo con absoluta fidelidad puede ser él también ser-para. Lo que es propio del Hijo, lo que lo identifica, lo que lo distingue del Padre, es que es absolutamente recibido de El.

El tercero en Concordia

Probemos ahora imaginar (con una imagen que, otra vez, acierta un poco y se desvía años-luz) que un padre y un hijo

¹³ Ob. cit., p. 155.

están vueltos el uno hacia el otro, tomando conciencia de que el uno sin el otro no serían lo que son, descubriéndose mutuamente dependientes el uno del otro, conociéndose y comprendiéndose, aceptándose el uno al otro y queriéndose muchísimo y están así, cara a cara, y cada uno sólo tiene ojos y oídos para el otro y se transmiten el gozo y la emoción del encuentro.

En ese momento, a su medida, ese padre y ese hijo se asemejan al Hijo y al Padre; es preciso insistir: a su medida, pues las diferencias son enormes e incontables.

Una de la más obvias: estos encuentros, a nosotros –los de las minúsculas– se nos dan de vez en cuando, aquí y allá, algunas veces... demasiado pocas; lo del Padre y del Hijo es siempre perfecto.

Otra diferencia (acaso de las no tan obvias): el Padre y el Hijo viven contemplándose cada uno en la más profunda realidad del otro, en entrega recíproca absoluta (y qué poco o nada suelen decir las imágenes pictóricas de esa embelesada tensión amorosa entre ambos; el más viejo barbado y canoso..., el más joven, también de barba pero oscura y ni se miran). Pareciera poder decirse –otra metáfora casi escandalosa– que sus “ojos” y sus “oídos” están totalmente entregados a la compenetración mutua; pero no por nada ese Padre y ese Hijo son con mayúscula: sus “ojos” y sus “oídos” son capaces de estar totalmente comprometidos en el dinamismo de su relación interpersonal y estar a la vez totalmente comprometidos con nosotros, nuestro mundo, nuestras cosas, con todo lo que ha surgido de su voluntad creadora (y aquí sí aciertan los pintores cuando hacen que sus ojos se claven en los nuestros).

Y por fin, la diferencia misteriosísima y esencial; por más honrada y sincera, por más libre y generosa, por más profunda y entrañable que sea la corriente de amor recíproco entre padre e hijo, nunca llegará a ser sino una concordancia de dos voluntades, de dos inteligencias, de dos afectos, de dos vidas. Qué pasa, en cambio, con el Padre y el Hijo?

Pasa que esa corriente de entrega generosa, de donación total, alcanza la plenitud, la perfección, la riqueza, el gozo de la Vida de Dios; pasa que es la misma Vida de Dios; pasa que es Dios. Pasa que ese amor entre Amante y Amado –y los dos son Amantes y los dos son Amados– está siendo eternamente el Tercero imposible de excluir, el que solemos llamar Espíritu

Santo, el "que procede del Padre y del Hijo", como dice el Credo de Nicea.

Es precisamente esa doble procedencia la que da a la Tercera Persona de la Trinidad su identidad peculiar: el Padre, que no debe a nadie su ser, lo dona al Hijo; el Hijo recibe ese ser donado y lo retorna en donación al Padre; el Espíritu ni dona ni recibe, lo suyo es puro fluir de amor donante-donado-donante-donado-donante... y así eternamente. El Espíritu es pura mediación.

¿Por qué el nombre de Espíritu a este Dios-mediación? Si insistimos en la metáfora del padre y el hijo que, cara a cara, se miran a los ojos amándose es fácil comprender que sus dos respiraciones se confunden en un solo aliento y no se distinguen el espirar de uno del aspirar del otro; y una y otra vez se reitera la misma etimología —del latín *spiritus*— en las palabras que hacen referencia al hálito vital.

En el reino de las mayúsculas, es el "viento de Dios" que aleteaba sobre las aguas en el amanecer del universo (Gn 1,2); es el "aliento de vida" que Dios insufló en el hombre hecho "con polvo del suelo" (Gn 1,27); es la "ráfaga" que sopló impetuosa en Pentecostés (Hch 2,2).

El amor es siempre dinamismo creador, fuerza animadora; el Amor —el Espíritu, viento, aliento, ráfaga— ha de serlo supremamente: participa en la creación de los mundos, hace del hombre una criatura tan semejante a Dios como para que su primer canto sea un canto de amor (Gn 2,23); hace crecer el ánimo de los profetas y es el hálito que envuelve sus mensajes, llena la casa en que se encontraban los apóstoles y se expresa a través de ellos, en todas las lenguas de "todas las naciones que hay bajo el cielo" (Hch 2,5).

Esta enumeración limitadísima tiene la ventaja de mostrar cómo el Espíritu está vinculado al hablar, al pronunciar palabras, y eso nos permitirá curiosear —lo habíamos prometido— en ese otro modo de llamar al Hijo que usa Juan en el Prólogo a su Evangelio: la Palabra.

En el misterio de los tres que son uno, darle al Hijo el nombre de la Palabra sea acaso una manera de reforzar ciertos rasgos básicos que puedan ayudar a captar mejor el modo de ser de la Segunda Persona de la Trinidad. De la misma manera que un hijo —para serlo— necesita de un padre, una palabra sólo es tal por el hablador que la pronuncia. Las palabras —como los hi-

jos— son de otro, dependen de otro; y se podría agregar: las palabras —como los hijos— brotan de lo más íntimo de quien las profiere —de quien los engendra— y son capaces de hacer presentes y mostrar cómo son los habladores —los padres.

Así se comprende lo adecuado de llamar Palabra a quien otras veces llamamos Hijo, permitiéndonos, además, la metáfora del Padre como el Gran Hablador que se dice a sí mismo en su Palabra, la que sería algo así como la autodefinition en la que vuelca su ser; por eso la Palabra es desde siempre Dios; también por eso la Palabra es habladora y responde eternamente al Eterno que la profiere y se entabla así el Diálogo Absoluto.

En esta analogía dialógica de la Trinidad también encuentra cabalmente su lugar la respiración, el hálito de los que dialogan, pues siempre las palabras van como envueltas en el aliento de quienes las pronuncian; y allí está, entonces, como tiene que estar, el Espíritu Santo, el Tercero en concordia.

Imagen y semejanza

De todo eso está llamado a ser, cada uno de nosotros, imagen y semejanza de esa Perfecta Unidad de Tres que se aman. Por eso nuestra vida queda definitivamente comprometida y, como decíamos al principio, todo debe cambiar.

Cada uno de nosotros ha sido elegido de antemano y destinado a participar de la vida de Dios; por eso, cada uno es convocado a madurar en su capacidad original de ser-de, ser-para y ser-mediación, hasta alcanzar el cara a cara en el que acabarán las profecías, las lenguas y las ciencias, pero no la generosidad de la donación ni la humildad de saberse y aceptarse recibido ni el dócil servicio de mediar.

No olvidemos que lo nuestro, lo humano, lo del reino de la minúsculas, empieza siempre por el ser-de. Todos nosotros somos totalmente recibidos: de los padres y las familias, de la sociedad y la cultura, de los maestros y los amigos, de nuestra historia y de la historia, del Padre Dios; así va uno por la vida, dependiendo de una legión innumerable de donadores y creyéndose, sin embargo, independiente y autónomo; y uno no sabe si el mito del “self made man” es sólo una ceguera de nuestra época o un nuevo rebrote de la viejísima tentación: querer ser dioses de mala manera.

99*2

Así empezamos todos, siendo de indigentes, menesterosos, necesitados; constitutivamente hijos; hijos-en-el-Hijo, además, con lo que quedamos insertados en el más perfecto ser-de. Pero como sucede con el Hijo, gracias a nuestro ser-de podemos llegar a ser-para¹⁶; sólo porque recibimos podemos dar; más aún; es la conciencia de ser recibido la que ha de transformar el poder-dar en deber-dar.

Todo lo que nos es dado — y lo que nos es dado, insistimos, es todo — nos es dado para que lo demos. "La monedita del alma se pierde si no se da", decía Antonio Machado; y María Elena Walsh canta: "Mi canto y mi corazón... son para los demás". Nuestra vida, nuestra fe, nuestra alegría son para que las demos; y la luz y el consuelo y el perdón y la esperanza.

Dar es lo que eternamente hace el Padre con el Hijo y el Hijo con el Padre; o mejor, no dar sino darse. También a esa semejanza del ser-para estamos convocados. Y sólo si sospechamos cuánto de lo que nos ha sido dado que no nos es dado para nosotros, sino para los demás, podremos calibrar en qué medida somos imagen de la función mediadora que caracteriza en la Trinidad al Espíritu de Amor.

Llamados a asemejarnos al Dios Absolutamente Relacional, Trino y Uno —y no al Perfecto Solo—, al Dios del Supremo Amor —no sólo al de la Inteligencia y la Libertad supremas— tal vez nos corresponda preguntarnos si ése es el Dios que buscamos; o si acaso nos resultaría más atractivo, menos comprometedor, el Unipersonal, el Absolutamente In-dependiente; y uno se sospecha que tal debió ser el "modelo" con el que el tentador engañó a la mujer en el jardín del Edén, cuando le prometió que seríamos "como dioses" (Gn 3,5). De qué dios quisiéramos ser imagen y semejanza?

Acaso eso que genéricamente llamamos pecado no sea por decirlo así — sino la opción por el dios equivocado, el rechazo del que es donación generosa, humilde recepción agradecida, entrega mediadora; es la opción por la soberbia de los que creemos no necesitar nada de nadie, por el egoísmo rapaz de los avariciosos acumuladores de dinero, de conocimiento de felicidad (con lo vergonzoso que resulta ser feliz uno solo, como decía Albert Camus), por la habitual mezquindad de nuestros

¹⁶ Cf. el extraordinario diálogo sobre el tema entre D. Schindler y W. Norris Clarke en (L)MAM(V)M edición Argentina - n° 3 y 4, septiembre y noviembre 1994.

intereses particulares, recibiendo sólo para atesorar, dando sólo lo que no es inútil.

Por eso esa opción, el pecado, cuando se reitera y se hace acostumbrada, nos va cerrando paulatinamente a la posibilidad de cumplir con nuestro destino: participar cada vez con mayor plenitud en el dinamismo amoroso de la vida divina; cómo suponer que podríamos adentrarnos en sus profundidades y compartir su gozo si no nos vamos “entrenando” poco a poco desde ahora.

Ese ejercicio continuado y paciente, ese “entrenamiento”, que con sus avances y traiciones puede ir haciendo crecer la semejanza, es condición necesaria de nuestro acercamiento al placer definitivo, jubiloso, inexpresable, eterno de ser ya Vida Trinitaria absolutamente asumida y compartida. Dios todo en todo (1Cor 15,28), torbellino de dicha radiante, plenitud de bondad, belleza y verdad, de ternura, sosiego y humor.

Porque acaso también eso que genéricamente llamamos infierno no sea –por decirlo así– sino la incapacidad de haber ido forjando el “instrumento” adecuado para poder ver y gustar cuán bueno es el Señor (Sal 33,9). Como un ciego en un universo luminoso de formas magníficas, como un sordo en el esplendor de la gloria sonora, quien haya insistido obcecadamente en optar por el dios equivocado tal vez esté allí, en el “cielo”, y no pueda saberlo. Y uno se pregunta si puede haber algo más infernal que tener al Dios del Amor al alcance de la mano y ni siquiera haberse dado cuenta.

Sólo cultivando la imagen y semejanza del Dios Verdadero los ojos de los ciegos se despejarán y se abrirán las orejas de los sordos; pero eso es posible porque Dios ha venido y nos salvó (1s 35, 4-5). El Dios para-nosotros, el Emmanuel salvador es también el Dios interesado en abrir nuestros ojos y nuestros oídos para que podamos enterarnos de cómo es El en-sí, en su intimidad; y no son dos metas diferentes de la voluntad amorosa de Dios. No se puede separar la salvación que El nos ofrece de la revelación de su peculiar modo de ser que también nos es ofrecida: pues es del Padre la iniciativa de la salvación consumada en el Hijo por la fuerza del Espíritu.

Siempre los Tres a los que es imposible imaginar independientes; siempre el Dios único que vive su vida como relación perfecta; siempre el misterio esquivo, la luminosidad ennegecedora, siempre los balbuceos.

Pero si la Trinidad ha insistido tanto en querer decirnos cómo es, han de valer la pena todos los esfuerzos, todos los intentos, todas las búsquedas; también es muy posible que, por sobre todas las cosas, valga la pena rezar.

Probemos, entonces rezar (no sólo pronunciar ni repetir) la viejas palabras familiares; y probemos decirlas —es sólo un ejemplo— así:

“Gloria a Dios” (aquí la primera pausa, para meditar en la unicidad de nuestro Dios y en nuestras frecuentes recaídas en politeísmos idolátricos) “que es Padre” (aquí la segunda pausa, para contemplar maravillados la perfección de la entrega) “y es Hijo” (aquí la tercera pausa para admirar la humildad de la perfecta obediencia receptiva) “y es Espíritu Santo” (y por fin, el instante para alabar el cumplimiento de la absoluta mediación); y después dejarse llevar por los balbuceos con los que intentamos hablar de la eternidad: “como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos...”

Entonces sí, después digamos “amén”, que no es un simple “así sea!”, un “ojalá!”. Ese “adverbio deriva de una raíz hebraica que implica firmeza... seguridad... Decir amén es proclamar que se tiene por verdadero lo que se acaba de decir”¹⁵.

Digamos amén, pero sólo después de haber al menos intentado tomarnos en serio lo que se oculta detrás de las fórmulas. Digamos amén sólo si de veras creemos que es verdad que Dios es Uno y Trino. Digamos amén sólo después de preguntarnos si estamos dispuestos a ser imagen y semejanza de ese Dios, sólo si realmente creemos que en ser como El consiste la verdad de nuestras vidas, la única felicidad.

¹⁵ X. León -Dufour. *Vocabulario de Teología Bíblica*, ed. Herder, Barcelona 1972, p. 73.